

EDITORIAL



Agua y Liquen – Beatriz Núñez Arce

En Colombia ha terminado uno de los períodos de gobierno más polémicos de las últimas décadas. Las ansias de seguridad y tranquilidad, que legítimamente se plantea la población, fueron interpretadas desde la soberanía estatal como un llamado a escalar la guerra; el país fue polarizado, ateniéndose rigurosamente a la idea de Carl Schmitt de que la política es el arte de construir al enemigo.

A partir de este presupuesto, el arte de gobernar se convirtió en ejercicios de simplificación de los graves problemas del país: a la debilidad del desarrollo se le adjudicó la receta de la entrada de capitales y la expansión de los negocios sin regulación alguna (confianza inversionista) y a la necesidad de cohesión, a la urgencia de construir capital social, se le asignó el lugar de filar contra el enemigo, culpable de todos los males. Al amparo de estas simplificaciones, se profundizó la desigualdad, los ricos concentraron aún más el capital y los activos, la corrupción se desbordó y se llegó a topes históricos de violación a los derechos humanos y de deslegitimación de las instituciones.

La guerra colombiana, sucia como todas las guerras, adquirió dimensiones de catástrofe humanitaria: el desplazamiento forzado cubrió al 10% de la población, los asesinatos selectivos y las masacres cubrieron toda la geografía; la paz se hizo más esquiva que nunca, comenzando porque se hizo dogma del régimen la negación siquiera de la existencia de un conflicto armado en nuestro suelo. En este contexto, los grandes movimientos convencionales por la paz, que se habían incubado en las dos décadas anteriores, perdieron buena parte de su dinamismo, al tiempo que los movimientos sociales se replegaron y se hizo más difícil el ejercicio de la oposición política.

En este escenario, de claros tintes autoritarios, fue posible, sin embargo, que decenas

de miles de habitantes de los territorios asolados por la guerra, no solo sobrevivieran, sino que profundizaran sus proyectos para afirmar sus modos de existencia. En efecto, se fue expandiendo un campo político de experiencias de resistencia social comunitaria no violenta que, aunque no constituyen un movimiento propiamente dicho, se proyectaron como alternativas, principalmente en el ámbito local, para obstaculizar las estrategias de la guerra, servir de soporte a prácticas de vida de las poblaciones y ayudar a sanar el dolor y a encontrar otras formas de rehacer el tejido social.

Comprender este fenómeno obliga a dilucidar las claves de esta actitud de resistencia pacífica y de prácticas de no violencia activa que desarrollan y que tiene variadas características, todas asociadas al valor asignado a la vida por múltiples comunidades. De esta manera, estamos ante prácticas de resistencia pacífica comunitaria, de tipo afirmativo, generalmente ajenas a protagonismos en los escenarios de negociación de los grandes poderes en disputa, que surgen de la potencia misma de estos grupos que persisten en la reconstrucción de las condiciones de existencia social y en la redefinición de los espacios de convivencia.

Muchas de ellas han asumido el legado de la larga tradición de resistencias sociales comunitarias, las cuales han sido la base de la sobrevivencia a un conflicto larvado de casi 50 años, y cuya experiencia se ha difundido desde las legendarias luchas indígenas, pasando por las lecciones del pluralismo de los afrocolombianos; abrevando en las prácticas de lucha de los campesinos por la tierra y el alimento y nutriéndose de los poderosos movimientos cívicos por mejores condiciones de vida para los pobladores de los núcleos urbanos. A ellas se han ido integrando novedosas manifestaciones de la vida social, cuyo dinamismo se encuentra principalmente en las grandes ciudades, como las luchas de las mujeres, la refrescante irrupción de las expresiones culturales y políticas de los jóvenes, la lucha por una vida



digna que adelantan las poblaciones empobrecidas y la radicalización de las demandas por el derecho a la diferencia de las minorías religiosas, étnicas o de opción sexual.

Estas expresiones no riñen con los espacios pacifistas que le han apostado a la negociación y a los grandes escenarios institucionales, más bien han aprendido de ellos, teniendo en cuenta, además, que muchos de ellos se han reconvertido en experiencias de base sumamente edificantes, como el de las “Asambleas Constituyentes de Paz”, que ya para el 2006 contabilizaban más de 82 procesos de Constituyentes municipales. Pero, lo relevante de las expresiones de resistencia comunitaria es que han ido constituyendo un espacio político y social diferenciado -aunque para nada homogéneo-, cuya concepción del poder, el enfoque de las formas de acción, las metodologías y formas de organizarse, tienden a encontrar nuevos referentes y a enunciarse con originalidad.

Los procesos de resistencia social a los que hacemos referencia tienen muchos puntos de contacto y se colocan en el caudal de la corriente de acción impulsada por los grupos indígenas en todo el continente americano, y de las numerosas y muy diversas expresiones de los desheredados de la tierra que ya no se limitan solo a construir movimientos de protesta y contestación, sino que se emplazan en lugares de creación de prácticas novedosas, de lenguajes emergentes, de hábitos y formas de convivencia, rompiendo la uniformidad impuesta por los poderes avasallantes. Ellos incluyen, entre otros, a los Sin Tierra del Brasil, a los Zapatistas de Chiapas, a los cocaleros de Bolivia, a los indígenas rebeldes de Ecuador, a los piqueteros de Argentina y a ese concierto ondulante de resistentes al neoliberalismo que se ha convocado en los Foros Sociales Mundiales y otros escenarios de redes globales, carentes de estructuras centrales de organización y celosos de sus autonomías.

No se trata de meras reacciones a los actos de fuerza de los guerreros, sino de una producción autónoma permanente de afirmaciones vitales que

se desmarcan de la lógica de los poderes dominantes y que ensayan otras maneras de construcción de lo público desde abajo, de replanteamiento de las relaciones entre los ciudadanos y el Estado, de reinención de la ciudadanía. Allí afloran manifestaciones comunes de resistencia pacífica como: la defensa de la dignidad y la diversidad de las comunidades, la creatividad para superar el miedo y enfrentar los desastres humanitarios de los ataques armados; la tendencia a constituir nuevas relaciones de convivencia, diseñando aperturas originales en aspectos tan disímiles como la solidaridad, las nuevas maneras de entender la seguridad y el cuidado de la comunidad, la relación con la tierra y el medio ambiente; la preservación de la memoria, el acudir a la fuerza espiritual y cósmica, el replantear las relaciones entre los géneros, el reinventar las maneras de producir y de relacionarse con la dimensión económica.

Esta perspectiva nos remite al campo de la cultura, a indagar sobre los circuitos de producción de subjetividades colectivas en donde se construyen los valores, las cosmovisiones y los estilos de vida que hacen posible que un grupo resista, aún en las condiciones de mayor opresión, desplegando su potencia espiritual y ética, dando lugar a nexos de afecto, e imaginando formas inéditas de encuentro y cooperación. Este campo se mantiene enlazado con la búsqueda del espacio político de las resistencias, en tanto ellas discurren esencialmente en el terreno de la biopolítica (una política de y para la vida íntegra) y ya no circunscritas a afectar solo un aspecto de la convivencia pacífica, del sistema de trabajo, una fracción del espacio de lo público, o la pura representación política estatal o militar del poder y que, adicionalmente, generándose en el ámbito de lo local, conllevan características que permiten entenderlas, nombrarlas y conectarlas en su condición de resistencias globales.

En fin, los investigadores de las ciencias humanas y sociales vamos encontrando en estas resistencias sociales comunitarias contemporáneas un compuesto de singularidades intensas, cuyo interés principal no es hacerse representar, sino buscar espacios para afirmar su ser comunitario

y pacífico, y cuya comunicación no funciona principalmente por la vía de plasmar semejanzas, sino de conectar diferencias. Esta es quizás la principal novedad que irrumpe en el horizonte de la reconfiguración de la sociedad colombiana y la que más esperanza produce en la búsqueda de la paz.

ALGUNOS CAMBIOS EN POLISEMIA

A partir de la presente edición entran a operar algunas transformaciones en la organización y el modo de operar de nuestra Revista Polisemia, de acuerdo a las orientaciones definidas por el Consejo Académico de Facultad, El Comité Editorial de la Revista y la Decanatura de la FCHS, la estructura que habíamos mantenido de secciones temáticas (Pensamiento Social; Reflexiones Filosóficas; Caminos de Paz y Noviolencia y Avances y Reseñas) ha sido reemplazada por una organización más flexible y versátil, en donde se destacan y diferencian los artículos Resultado de Investigación en las diversas áreas temáticas y los artículos de reflexión que recogen opiniones, revisiones temáticas y ensayos de nuestros investigadores. Por supuesto, se contará también con el editorial, a cargo de la dirección de la revista, y una sección de reseñas. Esto obedece, en primer término, a la ampliación de la Facultad de Ciencias Humanas y Sociales de UNIMINUTO, por lo que hay que dar cabida en nuestra publicación a nuevas unidades académicas como el Programa de Psicología, el Instituto Bíblico Pastoral Latinoamericano y la Maestría en Ciudadanía y Paz, que se suman a los ya muy consolidados Programas de Estudios en Filosofía, Licenciatura en Filosofía, especialización en Ética, el Programa de Trabajo Social, la Escuela de Paz y Desarrollo y el Centro de Estudios e Investigaciones Humanas y Sociales.

Igualmente, POLISEMIA quiere dar pasos para adaptarse a las condiciones que exigen COLCIENCIAS, PUBLINDEX y la normativa internacional para la indexación de publicaciones seriadas. En esa dirección se decidió también hacer algunas modificaciones en la composición del Consejo Editorial, que ahora estará conformado

por el Decano de la Facultad, el Director y el Coordinador Editorial de la revista y los líderes de los Grupos de Investigación de la Facultad clasificados o registrados en COLCIENCIAS y los que están en proceso de clasificación. Se pretende así enfatizar en el carácter de revista de investigación que ha adquirido POLISEMIA. Así mismo, se han tomado previsiones para ampliar y consolidar el Consejo Editorial Externo, para fortalecer los vínculos con investigadores internacionales y propiciar nuestra integración a redes latinoamericanas y europeas de producción de conocimiento.

Finalmente, se implementaron algunos cambios en el formato de la revista con el fin de buscar un estilo más sobrio y limpio, afín con la naturaleza de publicación académica. Eso lo observará fácilmente el lector que encontrará ahora otra disposición de la tabla de contenido, incluyendo títulos en inglés; una presentación abreviada de los colaboradores de cada edición; otra manera de presentar las portadas y portadillas, así como las primeras páginas de los artículos, procurando hacer mejores resúmenes y traducciones. Esperamos con todo ello elevar la calidad de nuestra publicación y nuestra comunicación con los lectores.

LA UNDÉCIMA EDICIÓN DE POLISEMIA

La sección “Artículos de Investigación” de POLISEMIA 11 contiene 5 colaboraciones:

El Filósofo e investigador del Programa de Especialización en Ética de UNIMINUTO Elías Manaced Rey Vásquez, nos presenta “Filosofía y filosofar en la educación. El reto de la enseñanza de la filosofía: filosofar”.

“De la economía moderna a una comprensión socioeconómica de la producción y los intercambios materiales” es el título del texto que el economista chileno Andrés Monares aporta a esta edición de la revista.

Los educadores Nathalia Martínez y Jorge Enrique Aponte, investigadores del CEIHS y de la

Universidad Distrital Francisco José de Caldas de Bogotá, ponen a consideración de los lectores su artículo “La enseñanza de la primera violencia: lo político y lo epistémico en las prácticas del docente de ciencias sociales”.

“Alteridad y conflicto: la tarea hermenéutica de la democracia” es el texto de Diego Fernando Silva Prada, filósofo e investigador del CEIHS. Para redefinir la democracia, Silva aborda la condición ontológica en la que se realiza la aceptación de los otros como diferentes: la alteridad. Y adopta la aceptación del conflicto como el constituyente esencial de lo sociopolítico, el cual debe ser encauzado o regulado. Las formas en que se pueda regular la conflictividad humana de manera no violenta es lo que el autor denomina como democracia.

El historiador de la Universidad de los Andes Diego Arango escribe sobre “La consolidación de un gobierno planificador en Bogotá, 1902-1950”, en donde se propone explicar el proceso de institucionalización de la planeación urbana en Bogotá, durante este período. Tras un análisis de la política municipal y del andamiaje institucional de la planeación, se examinan las bases administrativas que hicieron posible la creación y ejecución de proyectos de urbanismo y planeación urbana en la capital colombiana.

La sección “Artículos de Reflexión” es ocupada, en esta ocasión, por el artículo “Algunas razones filosóficas contra el maltrato animal ¿Por qué los animales humanos deberíamos considerar moralmente a los animales no humanos?” del filósofo e investigador del Programa de Especialización en Ética de UNIMINUTO Eduardo Rincón Higuera. El autor trae algunas de las razones filosóficas que argumentan la incorrección moral del maltrato animal. Para ello, se propone reconstruir los principales conceptos que dieron inicio a la discusión sobre la necesidad de ampliar el marco de la comunidad moral para la consideración de los animales.

Se cierra esta edición con la reseña de dos libros editados por el Programa de Psicología de

la Facultad de Ciencias Humanas y Sociales de la Universidad: “Cognición y Conciencia” de Jaime Yáñez Canal y Adriana Perdomo, investigadores de la Universidad Nacional de Colombia y de UNIMINUTO y “Cognición Corporizada y Embodiment”, de la psicóloga de la Universidad Nacional de Colombia María Clara Garavito